

EL VALOR Y LA ALEGRÍA DE EDUCAR

"Recemos hoy por los estudiantes, por los jóvenes que estudian y por los profesores que tienen que encontrar nuevos caminos para avanzar en la enseñanza: que el Señor les ayude en este camino, les dé valor, alegría y también buen éxito."

Papa Francisco

*- por Giovanni Perrone**

"Dejando las redes, le siguieron". Los apóstoles, al responder a la invitación de Jesús, tuvieron valor, esperanza y previsión. Dejaron de buena gana la rutina diaria a la que estaban acostumbrados y que les daba seguridad, para ir hacia un mañana incierto. Jesús, de hecho, no abrió una escuela de formación, con un programa detallado y bien trazado, sino que invitó a personas sin formación a ponerse en camino con él. Él, sin embargo, tenía las ideas claras.

El Papa Francisco exhortó repetidamente a los educadores a tener coraje, a saber arriesgarse, a mirar alto y lejos, a "ir más allá"[1] para embarcarse en la aventura de educar, de caminar hacia el futuro.

También a Abraham se le dijo: "¡Sal de tu tierra y vete!". Lo mismo le ocurrió a María.

La valentía es la fuerza de ánimo que permite afrontar situaciones nuevas, inciertas y a menudo difíciles. Es saber mirar más allá del horizonte y ponerse en camino. El coraje es, por tanto, un rasgo positivo, ya que nos ayuda a tomar nuevas decisiones y a emprender nuevos caminos, empujándonos a salir de nuestra zona de confort. "La zona de confort es un desastre para la humanidad" [2].

Ante las numerosas e inesperadas turbulencias y ansiedades que oprimen hoy en día, ante el vacío de valores que desorienta sobre todo a las generaciones más jóvenes, ante las drogas y la violencia que humillan lo cotidiano, ante las tormentas de información (a menudo contradictoria) que obnubilan la capacidad de ver bien y lejos, ¿qué puede hacer un profesor (y la institución escolar) si no tiene el coraje y la capacidad de salir de la cotidianidad estática y segura y de arriesgarse para encontrar caminos nuevos y más adecuados para la formación plena de cada persona, para superar situaciones de fragilidad y dificultad, frente a las emociones cambiantes y a las miles de "certezas" inciertas que incluso la inteligencia artificial puede ofrecernos?

Conviene, entonces, repensar nuestra forma "normal" y cotidiana de ser docentes o directivos de instituciones educativas.

La misma formación inicial y permanente de los docentes no puede limitarse a impartir contenidos, sino que sería bueno desarrollar nuevos estilos de enseñanza, promover la valentía, la lucidez, la clarividencia, el arte de discernir y acompañar en caminos que no siempre son fáciles. El estilo de Jesús y los valores del Evangelio son un ejemplo y una guía.

El cambio antropológico.

El gran telón de fondo sobre el que se proyecta hoy la tarea educativa es el cambio antropológico; la inquietud es el motor educativo. No una inquietud hecha de pasividad y sensación de impotencia, sino la inquietud de quien se sabe en camino, con otros y para otros, con un equipaje ligero y útil, para orientar, dirigir y reorientar. Por eso, también hay que saber acoger las propias fragilidades y abandonos, el peso de una soledad a veces insoportable, la angustia y la amargura de los momentos de desorientación y agotamiento. Pero no para detenerse, sino para recomenzar hacia la salvación, la sonrisa, la esperanza encontrada y suscitada, la Pascua. El servicio educativo no consiste sólo en ayudar a las personas a construir juntas un futuro. Es una historia compartida que ayuda a los alumnos, pero también a los profesores, no sólo a hacer, sino sobre todo a ser: "Se educa con lo que se dice, más aún con lo que se hace, pero mucho más con lo que se es"[3].

3] Así, de la ética de la seguridad, del programa, de los contenidos, de las estrategias, del "así se ha hecho siempre", es oportuno pasar a la ética del caminante, del error, del desafiarse continuamente, buscar y explorar, cuestionarse y actuar.

Educadores cristianos en camino

El Papa Francisco nos dice que "la presencia viva de los educadores cristianos en el mundo escolar es de vital importancia. El estilo que adopte es decisivo. El educador cristiano, en efecto, está llamado a ser a la vez plenamente humano y plenamente cristiano. No hay humanismo sin cristianismo. Y no hay cristianismo sin humanismo. No debe ser espiritualista, en órbita, "fuera del mundo". Debe estar enraizado en el presente, en su tiempo, en su cultura. Es importante que su personalidad sea rica, abierta, capaz de establecer relaciones sinceras con los alumnos, de comprender sus necesidades más profundas, sus preguntas, sus miedos, sus sueños. Y que también sea capaz de testimoniar -ante todo con su vida y también con sus palabras- que la fe cristiana abarca a todo el ser humano, todo, que aporta luz y verdad a todos los ámbitos de la existencia, sin excluir nada, sin cortar las alas a los sueños de los jóvenes, sin empobrecer sus aspiraciones. En la tradición de la Iglesia, de hecho, la educación de los jóvenes siempre ha tenido como objetivo la formación integral de la persona humana, no sólo la instrucción de conceptos, la formación en todas las dimensiones humanas (cf. Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 48)..... [6].

"El Espíritu Santo nos guía por los mejores caminos. Nos invita a no perder nunca la fe y a recomenzar siempre, haciéndonos arriesgar y llevándonos a encontrar la esperanza y la alegría" [7].

Buen viaje.

*Umec-Wuct

Septiembre 2023

[1] Papa Francisco, Encíclica "Hermanos todos"

[2] Paolo Crepet

[3] San Ignacio de Antioquía

[4] Galimberti, L'etica del viandante, ed. Feltrinelli, 2023

[5] Frédéric Gros

[6] Papa Francisco, Discurso a los participantes en el Congreso UMEC, Roma, 12 de noviembre de 2022

[7] Papa Francisco, Homilía para la solemnidad de Pentecostés de 2022.